

Retratos Españoles: GUILLERMO DE TORRE



O recuerdo que allá por el año de 1925, nosotros, me refiero a yo y a un grupo de muchachos chilenos que en ese entonces daba los primeros pasos por el país de las letras (provincia de la poesía) y que quería pisar caminos nuevos.

hollados, teníamos en la cabeza una confusión horrible de tendencias, movimientos, escuelas y estilos literarios de última hora. Nuestra vocación era como la de una masa sin patrones ni meridiantes, sin continentes siquiera; un cataclismo de islas y manías y ríos y mares, en un purtorismo cocktail. (Así debe haber sido el mundo antes del segundo día de la creación, es decir antes que Dios separara, con un solo golpe de mano, la tierra de las aguas). Los "ismos" nos ballaban en promiscua fraternidad. Había: cubismo, futurismo, ultraísmo, cretismo, etcétera, etcétera, inimaginable, cadavérico, surrealismo, simultaneísmo, existencialismo y otros más que se evidencian de la memoria, como el agua de la vida cuando se traza, como en este caso, de una enumeración stibita. Los nombres de Pierre Reverdy, Tristan Tzara, Felipe Tomás Martínez, Paul Eluard, André Breton, Guillaume Apollinaire, Jean Cocteau, Guillermo de Torre, Vicente Huidobro, Carl Sandburg, Manuel Maples Arce. Los tres óscarados Diego eran por nosotros admirados con mayor o menor intensidad, pero sin que pudiéramos establecer su respectiva filiación literaria.

Es que, en realidad, no se había escrito una obra fundamental que ordenara, expusiera, analizara y valorara todos y cada uno de los "ismos" que en catarsis tan densa surgieron, una vez sepultado para siempre el cadáver del modernismo. Fue Guillermo de Torre, propulsores de "Tiro", quien nos limpió la cabeza, delimitando cada cosa, mostrando sus características, estudiando sus orígenes señalando las bases filosóficas o literarias de cada escuela, estableciendo su tiempo justo, retratando a sus cabezallas. Fue "literaturas europeas de vanguardia" un libro preciso y preciso, el primero que estudiaba globalmente un momento interesantísimo de la literatura de Occidente. (Sé yo que aun hoy obsesados que no quieren reconocer que "aquello", es decir la literatura del decenio 1915-1925, ha ensudado, se ha cernido ya, ha arrojado, se ha desmenuado y hoy una realidad viva, un hecho auténtico de nuestro tiempo. Ya no existen los "ismos", pero nadie, que mire con seriedad la literatura, nadie ni siquiera el crítico, ni los historiadores de arte, niega lo mucho que de aquel período de transición restó. Nadie, salvo naturalmente, esos obsesados. En cuanto a la juventud, lo aceptó todo desde un principio, guiada por la intuición, que es su atributo máximo).

Pero he aquí que en vez de intentar el retrato de Guillermo de Torre, como es mi propósito inicial, me he puesto a discutir con imaginarios "pompiers", como Don Quijote, que peleaba con gigantes de pesadilla. Aquel libro, "literaturas europeas de vanguardia", llevó a muchísimas gentes y aquí desaparece ya el grupo de muchachos chilenos de 1925, que citaba al comentar una clarificación instantánea. El algún defecto pudiera hallarse sería el de que enumeraba demasiadas de una de las escuelas estudiadas: el ultraísmo. De Torre convertía en ultraístas a varios poetas de cifra, que no lo eran, que no habían estado en serio. Como ultraístas chilenos, por ejemplo, catalogaba a Sal-

vador Reyes y Pablo Neruda, los mejores de entre los jóvenes. Este hecho, que depende más bien de interpretaciones personales, ha sido repetido por los surrealistas franceses, quienes afirman que Heredia era surrealista en la dialéctica. Sudo en el sodismo, Baudelaire en la moral, Rimbaud en la práctica de la vida, Huysmans en el pesimismo, etc. Por lo demás, ¿qué culpa tenía Guillermo de Torre de ser a la vez que un estudioso y excolente crítico, el inventor del ultraísmo?

Debo disculparme una vez más por el abandono del tema y comenzar el retrato del joven escritor español, ¿Por dónde empezar? ¿Por dentro, por fuera?

Guillermo de Torre, siempre contradictoriamente peinado, es la anit-bohemia químicamente pura, si llamamos bohemia a la vida desequilibrada, suévitica, cuyos cuadros nos dejó Munch; pero nada tendría que ver su peinado si consideramos, como José Enrique Rodó, que la bohemia no es otra cosa que una manera sofística de vivir la vida. Dos ojos vivos y un traje elegante. La palabra reposada, sin vacilaciones, pero extraordinariamente entusiasta cuando el tema es la literatura. (En general, el español habla mucho y habla bien). De Torre siempre tiene

una frase acertada para juzgar un hecho o un ser.

Nació en 1900, dentro del siglo que tan bien parece comprender, y en el cual con tanta soltura se mueve. Como García Lorca y otros escritores, estudió Derecho, que por cierto de nada habría de servirle. Parece que desde muchacho gozó de una buena ración de vida interior. Le preocupaban los problemas espirituales y estéticos. Escribió volúmenes de extraordinaria agilidad, de juvenil desenvoltura, que más tarde, en 1923, reunió en un volumen titulado "Hélices". Participó en la redacción de casi todas las revistas españolas que entre 1919 y 1925 sirvieron de trampolín a las nuevas tendencias literarias y artísticas: "Grecia", "Utra", "Océanos", "Tableros", "The Fleeter", "Horizonte", "Plural", etc. Fue secretario de "Cosmópolis", periódico que alcanzó difusión transatlántica, dirigido por Gómez Carrillo.

En 1920 (año que se parece por sígnr costado al instante mismo en que páisa una fecha), publicó su "Manifiesto Ultraísta Verdial", que despertó el entusiasmo de muchos jóvenes de tendencias avanzadas. Se congregaron en el Grupo Ultraísta, que durante algún tiempo mantuvo, mediante procedimientos

Por Luis Enrique Délano



Retrato por D. VASQUEZ DIAZ más o menos como a todas las tentativas renovadoras europeas, fijos sobre él los ojos de los hombres

de letras y de los que no lo eran. El ultraísmo fue tema de comentario, en peñas y redacciones. Se lo alabó con la virulencia que se ganan todas las innovaciones y se lo alabó también con desamamiento.

Desde entonces Guillermo de Torre estudia, arranca a la crítica literaria sus secretos, se relaciona con escritores de toda Europa y de América. Su artículo visita con frecuencia revistas y diarios no sólo de España, sino de París, Milán, Amberes, Ginebra, Lyon, México, Buenos Aires. Estas asonadas continúan el género de la crítica, le dan la clave de su destino literario, y De Torre abandona el ejercicio de la poesía. Con admirable rigor en la auto-disciplina va buscando, investigando, desbrozando, recogiendo y aventando, preparándose, en fin, para ser lo que pretende y lo que sin ninguna clase de dudas ha conseguido ser: el crítico de su generación. Así como en cada generación hay un poeta, un novelista, un ensayista, hay también el que pasa y valora los poemas, las novelas y los ensayos: es el crítico. De Torre es de los mejores, por su cultura, por su sentido para pesar las calidades y medir las cantidades, y por sus antenas seguras en el tector.

En 1927, después de fundar, con

Giménez Caballero, un semanario de perdurable memoria, "La Gaceta Literaria", parte a Buenos Aires, donde va a residir durante cinco años. Su viaje a la América está precedido de un largo conocimiento que se tiene de él. En contacto con los escritores jóvenes de los principales países, se le lee, se le comenta, se le admira.

Aquí hay que decir, aunque sólo sea de paso, que es De Torre uno de los escasos críticos españoles que se han preocupado de literatura americana. Antes de él, Díez Canedo había comentado a nuestros literatos, y antes de Díez Canedo... ¿quién? No obstante nuestro parentesco con España, y a pesar de tanto discurso hispanoamericanista, los artículos españoles, salvo cuando se trató de figuras que rebalsaron el continente, como la de Rubén Darío, nos han tenido perfectamente abscondidos. Nótese que en Francia hay un Max Daireaux, un Georges Pillenat, un Miamandre, entre otros, que con relativa frecuencia escriben sobre la literatura de nuestro continente. En España, ¿quién aparte de Díez Canedo y Guillermo de Torre, para los cuales debe ser nuestra gratitud?

La misma interés, dinámica actividad intelectual que en Madrid, desarrolló De Torre en Buenos Aires,

vasto campo casi virgen para él. Se

cretario del suplemento dominical de "La Nación", se relaciona con jóvenes y viejos, lee sus libros, los comenta, adquiere conocimiento del país y termina robándose a una de sus más graciosas hijas: la ilustradora Norah Borges, con quien el crítico contrae matrimonio.

Ferálmente a su amor hacia la literatura ha ido creciendo en De Torre una pasión por las artes plásticas. Estudió a fondo la nueva pintura, la investiga, con su curiosidad sin rencores, y luego que ha comprendido eso que (no ya hoy) tiene carácter escéptico lo divulga en conferencias y artículos nutridos. Funda grupos y revistas de arte y un día, esfuerzo grandioso, sale de España, rumbo a París y a Berlín, portador de un buen conjunto de telas de los mejores pintores nuevos de España, que va a exponer con éxito notable.

Los artistas más avanzados del tiempo actual no tienen misterios para el Amigo personal de Picasso y de Braque, sigue con ojo ástero y el movimiento cubista, que va, en su evolución, a conseguir efectos tan sorprendentes. Algunas páginas que De Torre ha escrito sobre el pintor surrealista español Salvador Dalí (que acaba de rubricar en Estados Unidos la fama alcanzada en París), son de una seguridad y una dirección que evidencian la concurrencia en él de todas aquellas herramientas que requiere el difícil oficio de crítico de arte.

Para que el retrato no estuviera incompleto, sería preciso hablar del traductor de Max Jacob y Paul Verlaine y del periodista notable Ayer en "Luz" (que dirige Corpus Barba) y hoy en "Diario de Maurici". De Torre cumple la cotidiana tarea de la crítica, el comentario y la exposición de libros y asuntos literarios.

Ahora, siquiera en su contorno externo, he aquí a Guillermo de Torre.

el Mercurio, Mayo, 27 de 1930 p. 3